

la caridad, no es, ni puede ser una debilidad. Si San Francisco de Sales ha dicho, que era necesario poner la pureza bajo la custodia de la caridad, puede decirse tambien, que es preciso colocar la autoridad bajo la custodia de la dulzura, que es la flor de ella.

Por lo demás, la doctrina de todo el Evangelio y el ejemplo de toda la vida de Nuestro Señor recomiendan la constante práctica de esa virtud; forma una parte de la herencia que nos legaron nuestros gloriosos mártires, quienes vencieron á los tiranos con la sublimidad de su paciencia. Tal es la opinion y la enseñanza de los Doctores y de los Padres de la vida espiritual: San Bernardo se arrepintió, hasta sus últimos días, de su inclinacion á la severidad en los primeros años de su direccion religiosa; San Francisco de Sales, en el gobierno de su diócesis, ó en sus misiones entre los pueblos protestantes, no se inspiraba sino en la bondad y en la dulzura, y nadie ignora las maravillas que obró este Santo. El mismo decia, que las injurias y los ultrajes eran para él rosas que se le echaban en el rostro. Santa Juana de Chantal, formada en su escuela, y colocada al frente de la célebre Congregacion de la Visitacion, confesaba, que siempre se habia arrepentido de haber recurrido á la severidad, y nunca de haberse dirigido al corazon. Tal era tambien el espíritu y el pensamiento de Santa Teresa. Cuando alguno habla mal de mí, decia, paréceme que le amo mucho más; y se lee en las actas de su canonizacion, que las injurias eran un título para hacerse amar de ella.

¿Dónde está el sábio, carísimos hermanos, dónde el filósofo, dónde el hombre de mundo, que haya comprendido semejante doctrina, ni empleado semejante lenguaje? Únicamente lo comprende el Espíritu de Dios, y lo emplea su gracia, que transforma los corazones. Nadie, hermanos míos, se resiste á los atractivos omnipotentes de la dulzura cristiana. En vano, dice Bossuet, pretendierais apoderaros de mi corazon con las demás virtudes: á la dulzura solamente le es dado introducirse y apoderarse de él. Podemos admirar el talento, aplaudir la elocuencia, coronar á la poesia y al valor; mas, nuestro corazon, no le entregamos sino á la dulzura y á la bondad: esta deliciosa virtud posee, en cierto modo, como la religion, de la cual es hija, las promesas de la vida presente y de la vida futura; goza del singular privilegio, de hacernos señores de la tierra, dándonos el cielo. *Beati mites quoniam possidebunt terram.*

Honremos, pues, hermanos míos, esa virtud; amémosla: cultivemos esa flor de la caridad en nuestro corazon; y por ella, y con ella, seremos en el tiempo buscados, bendecidos y amados de todos; y despues de haber contribuido, acá abajo, al gozo y á la felicidad de los demás,

iremos, á nuestra vez, á recibir de las manos del Dios de toda misericordia y de toda dulzura, la recompensa de una vida llena de buenas obras. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

DULZURA.—La dulzura es una virtud que es necesario conservar, aún en medio de las mayores amarguras.

La dulzura es una virtud que, á veces, es necesario disimularla.

La dulzura es una virtud que debemos guardar en el corazon, cuando el celo exige que seamos severos en nuestras palabras.

DULZURA.—La dulzura es la virtud con la cual teme más el pecador luchar de frente.

Es la virtud á la cual el pecador opone ménos resistencia.

Es la virtud de cuyo triunfo más se alegra el pecador.

DULZURA DE LOS DIRECTORES DE ALMAS. (*Exhortaciones á los eclesiásticos*).—Cuando la dulzura de los directores de almas procede de la ignorancia, nos vuelve obstinados.

Cuando la dulzura de los directores de almas procede de poca firmeza, nos vuelve negligentes.

Cuando la dulzura de los directores de almas procede del interés, nos vuelve licenciosos.

EDUCACION DOMÉSTICA.

Et vos patres... educate illos in disciplina, et correptione Domini.

Y vosotros, padres... educad á vuestros hijos corrigiéndolos, é instruyéndolos segun la doctrina de el Señor.

(EPHES. VI, 4.)

Nuestra época, amados hermanos míos, se muestra sumamente solícita por la educacion de la juventud, fin á que tienden todos los pen-

samientos, y objeto de todo sinsabor como de todo deseo, de todo temor como de toda esperanza. Las tristes experiencias del pasado, el malestar y las ansiedades del presente, dan á conocer claramente, que el porvenir depende de la cultura que recibieren las nacientes generaciones. Padres de familia, clero, legisladores, publicistas, todos reconocen de consuno, la necesidad de que la enseñanza pública sea profundamente religiosa, para que las familias cristianas puedan enviar sus hijos á las escuelas con la seguridad de que, adquiriendo los tesoros de la inteligencia, conservarán incólume el tesoro mil veces más precioso de la inocencia y de la fé.

Pero, confesémoslo, amados oyentes, por grande que sea la importancia de la educacion pública, está léjos de igualar la de la educacion primera, de la educacion doméstica. En vano multiplicariamos las escuelas más sanas, si los ejemplos y las lecciones en ellas recibidos, están en discordancia con las lecciones y los ejemplos de la familia. Cuando uno quiere tener aguas saludables, debe asegurarse, primero, de la pureza del manantial; y como el manantial de la buena educacion está en la casa paterna, vamos á indicar en este discurso los vicios de la educacion doméstica. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para huir de toda exageracion, nos apresuramos á convenir, en que hay todavía un buen número de casas cristianas, en que se ejerce dignamente el gran ministerio, y casi diremos, el sacerdocio de la educacion de la infancia. ¡ Ah ! qué seria hoy de nosotros ¡ Dios mio ! si algunos jóvenes no hubiesen hallado, en los cuidados, consejos y santas costumbres de la familia, ya un preservativo, ya un remedio contra el veneno de las falsas doctrinas que campean en los discursos, en la prensa, en los libros, y se han introducido, por desgracia, con sobrada frecuencia, en ciertas cátedras de la enseñanza. ¡ Ved ahí la levadura divina que ha evitado la corrupcion de la masa ! Pero sin esas excepciones, tanto más honrosas, cuanto que más raras van haciéndose, no vacilamos en decir, que la educacion doméstica, generalmente considerada, es nuestra primera y más profunda llaga. La llaga de la educacion pública está en segundo lugar. Tal es, á lo ménos, nuestra conviccion, fruto de lo mucho que hemos visto y observado.

¿ Cuáles son las causas de este desórden, amados hermanos míos ? La primera está en la falta de fé, en la carencia de reflexion de los jóvenes casados que fundan una familia. Nacen los hijos, y la madre les alimenta con su leche; crecen, y el padre trabaja para subvenir á su manutencion. Nada mejor, sin duda; pero ¿ es eso todo ? ¿ Quién les dará la leche de la doctrina celestial ? Por una parte, se nos contesta,

que este cuidado se deja para las amas y nodrizas, para los preceptores y ayos; por otra, que es incumbencia del maestro y del cura, y que se envia á los niños á la escuela y á la enseñanza cristiana. Esta respuesta tendria algun valor, si vosotros mismos hubieseis sembrado en esas jóvenes almas las primeras semillas de la verdad y de la virtud. Si despues de haberles instruido, segun lo hayan permitido vuestras facultades y las ocasiones, les procurais maestros que suplan vuestra insuficiencia, para extender, perfeccionar y completar su instruccion, cumplis en ello el deber de un buen padre, de una buena madre de familia. Pero bueno es no olvidar, que si os está permitido aligerar vuestro peso, repartiéndolo, no por eso os librais del mismo, y que continuais siendo los primeros maestros, los primeros preceptores de vuestros hijos. Tal es el voto sagrado de la naturaleza, tal la ley de la religion, tal el órden de la Providencia, tal la voluntad de Dios, tan justo como amable. Si, sobre las rodillas de una madre es donde el niño debe aprender á murmurar su primera oracion, á ensalzar al Criador, á bendecir al Salvador, á amar al Jesús del pesebre, al Jesús del Calvario, al Jesús del Tabernáculo; y de la boca de un padre debe recibir las primeras lecciones de la razon y la prudencia. Estas lecciones nunca se olvidan.

Instruid, pues, á vuestros hijos, padres y madres, pero al recomendaros que les instruyais, no os digo que les hagais ingenios precoces, prodigios de saber, que, por haber empezado harto temprano á ser hombres, acaban por ser niños toda su vida, como esas plantas criadas en los invernáculos, que se ahilan y marchitan, despues de haber producido algunas hojas y abierto algunos cálices. No decimos que les enseñeis esas artes frívolas, que si bien pueden ser una gala, un brillante accesorio de la educacion, cuando la discrecion les traza una regla y un límite, no son, empero, más que un abuso y una ridiculez, así que reemplazan estudios más formales. No decimos que les enseñeis la ciencia del mundo, la manera de presentarse en él con gracia, el arte de brillar, agradar y perderse; ni la ciencia de los negocios, la ciencia de los números, el secreto de hacer oro, y todos esos cálculos de la codicia, que, tal vez, por su desgracia, aprenderán demasiado pronto. Lo que si os decimos, es que les enseñeis la ciencia verdadera y la única indispensable, que ninguna otra puede suplir, y que puede suplir á las demás: la ciencia de las creencias y de los deberes, la ciencia de Dios y del hombre, la ciencia de la religion. Las ciencias humanas solo son accesibles al menor número, al paso, que la ciencia de la religion es necesaria á todos. Y propiamente hablando, ésta es la única ciencia. Os lo repetimos, amados oyentes, instruid á vuestros hi-

jos; pero para instruirles con fruto, instruíos vosotros mismos. Aquí se ofrece un desórden lamentable. La mayoría de los padres no conocen la religion. ¿Como enseñarán lo que no saben? Parece increíble, y, sin embargo, lo atestiguan los hechos! Hay mujeres, que han contraído matrimonio, y son incapaces de iniciar á sus hijos en los elementos de la fé! Hay padres, que no pueden enseñar á los hijos por ellos engendrados á invocar el nombre del Padre comun que en los cielos tenemos! No hallamos palabras asaz enérgicas para deplorar ese olvido, casi general, de la verdad religiosa, que pasa del individuo á la familia, y de la familia á toda la sociedad. ¿Á donde vamos, y qué porvenir se prepara, si los hombres viven y mueren sin conocer el principio y fin de la existencia humana; si la oracion comun, las observancias santas, las honestas pláticas, no sostienen ya en el hogar doméstico el culto de los deberes, y si los niños no aprenden el nombre de Dios sino en las blasfemias de sus padres, ni la religion sino en el desprecio de sus leyes? ¡Ah! padres y madres, cojed de nuevo, si es necesario, el catecismo, el libro de todas las edades; no os sonrojeis de aprender por segunda vez lo que por desgracia habeis olvidado; volved á ser niños para instruir á vuestros hijos en el temor y en la ley de Dios. De este modo os salvareis, y á la sociedad con vosotros, no solo para la vida futura, si que tambien para la presente.

2. Despues de la obligacion de instruir, nada hay en efecto más expresamente recomendado en nuestros libros santos á los padres de familia, que hacer sentir á la juventud el freno de la disciplina, y no dejar debilitarse en sus manos el nervio de la autoridad. ¿Teneis hijos? Adoctrinadlos y domadlos desde su niñez. ¿Teneis hijas? Celad la honestidad de su cuerpo, y no les mostreis demasiado complaciente vuestro rostro (Eccl. vii, 25 et 26). Quien escasea el castigo, quiere mal á su hijo: mas quien le ama, le corrige continuamente, para hallar en él, al fin, su consuelo, y procurarle que no haya de ir mendigando de puerta en puerta. Un caballo no domado se hace intratable; así, un hijo abandonado á sí mismo, se hace indolente (Eccl. xxx, 8). Dobladle la cerviz en la mocedad, y dadle con la vara en las costillas, miéntras es niño: no sea que se endurezca y os niege la obediencia; lo que causará dolor á vuestra alma (Eccl. xxx, 12). Tales son los oráculos dictados por la sabiduría divina en los tiempos antiguos. Concedo, que este rigor de la ley de temor lo haya templado la gracia del Evangelio. San Pablo no quiere que los padres provoquen con su dureza la cólera de sus hijos; pero no les aconseja ménos, que les crien en la docilidad y correccion, segun el espíritu del Señor (Eph. vi, 4).

¿Somos nosotros más sábios, amados oyentes, que los Profetas y los Apóstoles? Nadie se atreveria á decirlo, y con todo, es cierto, que no seguimos sus preceptos.

Con motivo de la indulgencia que la relajacion de nuestras costumbres ha introducido en nuestras leyes, el poder paternal, casi desarmado, ya no es hoy en dia aquella reverenciada magistratura, que sabia reprimir con vigor y condescender con dignidad; aquella magestad patriarcal, que dispensa con medida los estímulos y las reprensiones, y cuya sola mirada impone y hace acatar sus órdenes; aquel augusto sacerdocio, que muestra al hijo en los autores de sus dias á los representantes de la divinidad, en cuyo nombre premian y castigan. El sacudimiento de las revoluciones que han conmovido el Estado, se ha hecho sentir en la familia. El cetro se ha roto en la mano de los jefes de familia, como en la de los jefes de las naciones, y el dogma de la igualdad ha pasado de la sociedad pública á la privada. El niño, apenas ha dejado pañales, anda libremente tratando de potencia á potencia con sus padres coronados de canas. El padre, permitaseme la expresion, *fraterniza* con su hijo, la madre con su hija, y ni siquiera me atreveria á negar que, en más de una familia, el principio de la soberanía del pueblo tenga diariamente rigurosa aplicacion. De aquí, amados hermanos míos, esa relajacion de la antigua disciplina, que va debilitándose cada dia más, por la flojedad de los padres y las pretensiones de los hijos; los primeros, retrocediendo de concesion en concesion; y los segundos, avanzando de exigencia en exigencia. De aquí la apatía de los padres, que prefieren cerrar los ojos á las faltas, y correr un velo sobre los vicios, á corregirlos con una reprension solo á costa de la pereza; de aquí esa falsa sensibilidad, que teme dirigir una reconvenccion y hacer derramar una lágrima.

Yo les corrijo, me direis, y de nada me sirve. ¡Ah! amados hermanos míos, es sobrado cierto que, á veces, se encuentran caracteres intratables, á los que la amenaza irrita, los castigos endurecen, y hasta la indulgencia agría, y en quienes la razon y la autoridad no tienen imperio. ¿Teneis alguno de esos hijos en mal hora nacidos? Tambien os compadezco; pero el mal no deja de tener remedio. Despues de agotar todos los recursos del temor, como de la ternura paternal, dirigíos á Aquel, que tiene en su mano los corazones de los hombres. Despues de hacer lo que podeis, pedid á Dios que haga él lo que no podeis vosotros. Rogad, fiel Mónica! Por mucho tiempo y siempre infructuosamente, habeis hablado de Dios al indócil Agustin; probad ahora á hablar de Agustin al Dios de misericordia, y creed, que el hi-

jo de vuestras oraciones y lágrimas no perecerá, y aún ménos el hijo de vuestros ejemplos.

3. Háse dicho con frecuencia, y nunca será ocioso repetirlo, que para llegar á la virtud, el precepto es largo, y que el camino más corto es el ejemplo. Si esta máxima es verdadera, respecto de todos los hombres, ¡cuánto más no lo será, respecto de esa edad curiosa, suspicaz, imitadora de suyo, cuya alma, por decirlo así, está toda en los ojos! Ningun mal ejemplo, sino muchos y buenos ejemplos, este es el libro de los niños. Pero los más eficaces los esperan de vosotros, padres y madres, de vosotros, á quienes la Providencia ha puesto á su lado como á sus ángeles visibles; de vosotros, cuyas acciones todas están revestidas á sus ojos de un carácter y una autoridad sagrada. Sed, pues, el libro inteligible y siempre abierto, el cuadro elocuente, la predicación viva en que puedan estudiar sus deberes, sin el auxilio de largos razonamientos. Sepan que vosotros no les imponéis obligacion, ni les exigís sacrificio alguno, á los cuales no os sometais primero que ellos; sea vuestra constante fidelidad á las leyes divinas y eclesiásticas una como moral en accion, que sirva de norma á su conducta. ¿Y con qué derecho les cargaríais con un peso, que vosotros ni siquiera tocaríais con la punta del dedo? ¿Tendrán por buenas para ellos unas reglas de conducta, que no juzgais buenas para vosotros mismos? ¡Ah! aún educándoles en una atmósfera enteramente edificante, no siempre se logra hacerles seguir el buen camino. Y lo que no siempre lo consigue el ejemplo, ¿lo conseguirán las palabras? Pero, ¿no es honrar tambien demasiado á un gran número de padres el suponer, que á falta de buenos ejemplos, á lo ménos dan siempre sábios consejos á sus hijos? ¡Ah! muy á menudo las lecciones no valen más que los ejemplos.

Si el respeto que profeso á esa tan tierna edad no me cerrara los labios, padres y madres, diría cosas espantosas! Mas venga de donde viniere el escándalo, ora baje de las cumbres, ora exhale sus miasmas deletéreos y mortales de los humildes valles de la jerarquia social. ¡Ay de aquellos desdichados que propagan el contagio! ¡Ay de aquellos padres depravados, que para sus hijos sean consejeros del crimen, preceptores del vicio, ominosos modelos de una vida de ignominia é infamia, y que, mezclando una mortal ponzoña con la poca sangre que les han dado, les hagan pagar la existencia de un dia con la muerte eterna! Disgustos amargos, pesares domésticos, procesos monstruosos, hechos para espantar á la justicia, hasta en sus tribunales; el escándalo ya hereditario y perpétuo en la familia, transmitido de generacion en generacion como un nuevo pecado original; la maldicion de Dios y de los hombres, pesando siempre sobre los hijos de sus hijos; un pan em-

papado de lágrimas, una vejez miserable, unas canas deshonradas: tales son los menores castigos reservados á esos padres, á esas madres bárbaras, verdugos de las almas. Es preciso bajar á lo más profundo del infierno para encontrar el abismo en que tienen señalado su puesto.

4. La instruccion, la correccion y el buen ejemplo son tres grandes deberes; pero aún hay otro, no ménos importante para vosotros, padres y madres, cuando vuestros hijos han llegado al momento de abrazar un estado. No basta, pues, que seais sus jueces y modelos; sino que tambien debeis ser sus consejeros y guías en el estudio y en la eleccion de su vocacion. Pero, ¿qué sucede? Desde su más tierna edad, soñais para ellos fortuna, honores, dignidades, elevacion; consultais mucho ménos sus inclinaciones, sus gustos, su aptitud en la eleccion de su carrera, que las falaces ilusiones de la ambicion y el orgullo. Dos, tres carreras, á lo más, conducen á la consideracion y á la fortuna; pero, son tantos los que en ellas se agolpan atropelladamente, que todos padecen de opresion, y solo algunos, muy pocos, jadeantes y rendidos de fatiga, consiguen llegar al término suspirado. No importa, allá van impelidos violentamente; se les obliga á seguirlas, buen ó mal de su grado, á todo trance, á riesgo de condenarles, si la suerte les es adversa, á ser toda su vida unas nulidades, una carga para el prójimo y para sí mismos, un peso inútil para la familia, para la sociedad, para la tierra. Hay, por el contrario, dos estados, de que se tiene mucho cuidado en apartarles, por poco que se abrigue la esperanza, más ó ménos lejana, de verles prosperar en otro. El primero, cosa increíble, es la misma condicion en que el cielo les hizo nacer. Nada más diremos sobre este punto, aunque la ocasion es favorable para clamar contra la deplorable desercion de la profesion paterna, que despuebla nuestros campos, rellena nuestras ciudades, multiplica las causas de los desórdenes públicos ó privados, con el desorden y confusion de los elementos de que se compone una sociedad regular; no ménos que contra la falsa apreciacion de la verdadera grandeza, segun la cual, una idea de gloria está, no en las continuadas tradiciones de una industria decente, no en la trasmision hereditaria del arado ó de la azada, sino en una existencia ficticia, en un papel prestado, en que el personaje no muestra ni las firmes virtudes del mundo de donde viene, ni los hábitos y maneras elegantes del mundo en donde entra.

La segunda vocacion de que los padres alejan generalmente á sus hijos, es el estado eclesiástico para los varones, y el religioso ó conventual para las hembras. Para ciertas personas, el abrazar esas santas carreras, es un verdadero sacrificio, del que un padre y una madre,

en su extraña sensibilidad, llevarán luto todos los días de su vida: para ellos, su hijo ha muerto en cuanto se reviste de las insignias del ministerio sacerdotal, y su hija está enterrada así que ha tomado el velo de las vírgenes del Señor. Confesaremos sin pena, que bajo el punto de vista meramente humano, el sacerdocio promete á sus aspirantes más espinas que flores, y que hoy, no ofrece ninguno de los atractivos que halagan la ambicion mundana. Pero, tal como es, y precisamente porque es tal, ¿no tiene con qué tentar la ambicion de una familia cristiana? ¿No es un alto honor para vuestra familia, el dar un ministro al Dios de majestad, un sacerdote á la grande Iglesia, que ha llenado el mundo con sus beneficios y su gloria, una hostia á la sociedad, que tanta necesidad tiene de expiacion? Y por no hablar más que de las madres, ¿qué consuelo más dulce y más elevado para su corazon y su fé, que el ver al fruto de sus entrañas asociado al sublime ministerio del Hijo de la Virgen María?

Léjos, pues, de gemir y de quejaros, léjos de oponeros á los designios de Dios, y de incurrir por ello en una responsabilidad terrible, cuando el Señor os dispensa la honra de escoger en vuestras familias una lámpara para iluminar su templo, agradecedle que os dé en ese sacerdote, ó hermana de caridad, una bendicion para vuestra casa, y una intercesion cerca del cielo. Llevad vosotros mismos la leña del sacrificio: como Abrahan, armaos generosamente del cuchillo. Aproximad al altar la llama que ha de consumir á la víctima. Isaac no morirá, y en él serán bendecidos todos vuestros descendientes.

Sí, benditas sean las familias; y con este voto, amados hermanos míos, quiero resumir y terminar este discurso: benditas las familias, en que se trasmitan de padres á hijos, como la más preciosa herencia, los tesoros de la fé y de la virtud; las familias, en que Dios, primer Señor de la casa, recibe tambien mañana y tarde los primeros y últimos homenajes; en que un padre, tan respetado como querido, es como el sacerdote que ofrece, á nombre de todos, el sacrificio de la alabanza y de la accion de gracias; en que una madre tierna, una esposa fiel se asemeja, valiéndonos de las graciosas imágenes del rey Profeta, á la viña solitaria y fecunda, que cubre numerosos vástagos con sus ramas tutelares; en que los hijos, adornados de sabiduría y de inocencia, crecen á la vista de sus padres, como jóvenes olivos, ricos de porvenir y esperanza, y rodean como una guirnalda de honor y alegría sus hogares y mesas! ¡Felices padres, felices madres! Dios les colmará de bienes, y les concederá la eterna posesion de él mismo, que os deseo á todos.

Véase: PADRES (Deberes de los).

EDUCACION RELIGIOSA.

(NECESIDAD DE LA)

Ubi doctor parvulorum?
¿Dónde está el maestro de niños?
(ISAÍ. XXXIII, 18.)

Esta pregunta, que hacia en otro tiempo el profeta Isafas, ¿no podríamos con más razon hacerla nosotros? Nuestro siglo, que tanto se enorgullece con sus progresos, descubrimientos y luces, ¿se ocupa, acaso, en lo más esencial, en lo más capital para la sociedad? No, hermanos míos, otras preocupaciones nos absorben, otros intereses nos mueven. Voy, pues, á llamar vuestra atencion sobre un punto de suma importancia. Me refiero á la educacion; y sin otro preliminar, sin otro preámbulo, os diré: Dad á vuestros hijos una educacion religiosa, y será provechosa á estos hijos; lo vereis en la primera reflexion de mi discurso. Dad á vuestros hijos una educacion religiosa; ella será provechosa á la sociedad: os lo demostraré en mi segunda reflexion. Dad, en fin, á vuestros hijos una educacion religiosa, y será provechosa á vosotros mismos; tercera reflexion. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los padres, amados hermanos míos, penetrados de sus obligaciones, y sabiendo que en su mano está el presente y el porvenir de sus hijos, deben emplear el medio más eficaz para asegurar el logro de aquello en que fundan sus más dulces esperanzas, esto es, en las virtudes y la felicidad de los seres más caros á su corazon. Válganse, pues, de las enseñanzas y del influjo de la religion, cuyo privilegio es procurar ella sola estos beneficios. En efecto, la religion es para los niños, y para toda su vida, el guía más seguro, el freno más poderoso, y la causa más constante y más eficaz de su felicidad.

Establezcamos el principio, por nadie impugnado, de que la educacion, que forma el carácter, puede variar, segun las diferentes posiciones en que nos pone la naturaleza: mas debe tenerse presente, que